



LECTIO DIVINA

XXXIII semana del tiempo ordinario

Del 19 al 25 de noviembre de 2023



Jornada Mundial
de los Pobres



Se trata de conocer, acercarse, acompañar,
dar instrumentos, herramientas, querer, cuidar...
... que ese sea tu TALENTO

Oración introductoria

Señor, abre mi entendimiento para que pueda saber cuáles son los talentos que me has dado y descubrir como tú quieres que yo los use.

Petición

Señor, concédeme perseverar en la vida de oración y en mi fidelidad a Ti.

Lectura del libro de los Proverbios

(Prov. 31, 10-13. 19-20. 30-31)

Una mujer fuerte, ¿quién la hallará? Supera en valor a las perlas. Su marido se fía de ella, y no le faltan riquezas. Le trae ganancias, no pérdidas todos los días de su vida. Busca la lana y el lino y los trabaja con la destreza de sus manos. Aplica sus manos al huso, con sus dedos sostiene la rueca. Abre sus manos al necesitado y tiende sus brazos al pobre. Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura; la que teme al Señor merece alabanza. Cantadle por el éxito de su trabajo, que sus obras la alaben en público.

Salmo (Sal 127, 1-2. 3. 4-5)

Dichosos los que temen al Señor.

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. R.

Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. R.

Esta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses (1 Tes. 5, 1-6)

En lo referente al tiempo y a las circunstancias, hermanos, no necesitáis que os escriba, pues vosotros sabéis perfectamente que el Día del Señor llegará como un ladrón en la noche. Cuando estén diciendo: «paz y seguridad», entonces, de improviso, les sobrevendrá la ruina, como los dolores de parto a la que está encinta, y no podrán escapar. Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, de forma que ese día os sorprenda como un ladrón; porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no nos entreguemos al sueño como los demás, sino estemos en vela y vivamos sobriamente.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 25, 14-30)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus siervos y los dejó al cargo de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue en seguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno fue hacer un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos y se puso a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco”. Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó luego el que

había recibido dos talentos y dijo: “Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos”. Su señor le dijo: “¡Bien, siervo bueno y fiel!; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó también el que había recibido un talento y dijo: “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo”. El señor le respondió: “Eres un empleado negligente y holgazán. ¿Conque sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobrá, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes”».

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Constitución sobre la Iglesia, Lumen Gentium 34

Hacer fructificar los dones del Espíritu Santo

Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio también por medio de los laicos. Por eso les da vida con su Espíritu y los empuja sin cesar a toda obra buena y perfecta. A los laicos, en efecto, los une íntimamente a su vida y misión, dándoles también parte en su función sacerdotal para que ofrezcan un culto espiritual para gloria de dios y salvación de los hombres. Por eso, los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu. Todas su obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por

Jesucristo (1Pe 2,5), que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta sana, consagran el mundo mismo a Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Al final de la parábola el Señor llama «bueno y fiel» al que ha sido emprendedor; en cambio, «malvado y holgazán» al siervo que ha estado a la defensiva (cf. vv. 21.23.26). ¿Por qué Dios es tan severo con el siervo que tuvo miedo? ¿Qué mal ha hecho? Su mal es no haber hecho el bien, ha pecado de omisión. San Alberto Hurtado decía: «Está bien no hacer el mal. Pero es malo no hacer el bien». Este es el pecado de omisión. Y este puede ser el pecado de toda una vida, porque la hemos recibido no para enterrarla, sino para ponerla en juego; no para conservarla, sino para darla. Quien está con Jesús sabe que se tiene lo que se da, se posee lo que se entrega; y el secreto para poseer la vida es entregarla. Vivir de omisiones es renegar de nuestra vocación: la omisión es contraria a la misión.» *(Homilía de S.S. Francisco, 1 de octubre de 2019).*

Meditación

Todas las personas tenemos talentos y éstos nos han sido dado para que los pongamos al servicio de nuestro prójimo. No importa la cantidad de talentos que tengamos, aunque sólo sea uno, el Señor nos invita a que lo explotemos y Él se encargará del resto.

Si queremos que nuestros talentos den frutos, no basta con sólo usarlos, es preciso inyectar amor a nuestras obras, el cual es como la levadura que se mete en la harina o como el agua que cae sobre tierra reseca y germina. Dios nos ha dado talentos y no hay que tener miedo

de preguntarle: ¿cómo quieres que utilice yo estos talentos que me has dado?

El Señor, consciente de que cada persona es distinta, nos ha otorgado talentos diferentes para que, complementándonos, podamos hacer grandes cosas. No tengamos miedo a emprender proyectos de caridad, si por ejemplo tienes una profesión, ¿por qué no hacer obras de caridad usando el talento de la profesión a la que te dedicas? El Señor nos ha dado nuestros talentos para donarnos y si en verdad somos de él no podemos esconderlos: hay que usarlos para hacer presente su reino de amor a través de ellos.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver.

Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 20 DE NOVIEMBRE DE 2023

¿Para qué viene Jesús a nuestra vida?

Oración introductoria

¡Jesús, ten compasión de mí! Tú bien sabes lo que necesito y que no te he sabido pedir. Aumenta mi fe. Ilumíname para poder ver lo que quieres de mí.

Petición

Señor, concédeme ver la vida con los ojos de la fe.

Lectura del primer libro de los Macabeos

(1 Mac. 1, 10-15. 41-43. 54-57. 62-64)

En aquellos días, brotó un vástago perverso: Antíoco Epífanes, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén, y subió al trono el año ciento treinta y siete de la era seléucida. Por entonces surgieron en Israel hijos apóstatas que convencieron a muchos: «Vayamos y pactemos con las naciones vecinas, pues desde que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias». Les gustó la propuesta y algunos del pueblo decidieron acudir al rey. El rey les autorizó a adoptar la legislación pagana; y entonces, acomodándose a las costumbres de los gentiles, construyeron en Jerusalén un gimnasio, disimularon la circuncisión, apostataron de la alianza santa, se asociaron a los gentiles y se vendieron para hacer el mal. El rey decretó la unidad nacional para todos los súbditos de su reino, obligando a cada uno a abandonar la legislación propia. Todas las naciones acataron la orden del rey e incluso muchos israelitas adoptaron la religión oficial: ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado. El día quince de casleu del año ciento cuarenta y cinco, el rey Antíoco mandó poner sobre el altar de los holocaustos la abominación de la desolación; y fueron poniendo aras por todas las poblaciones judías del contorno. Quemaban incienso ante las puertas de las casas y en las plazas. Rasgaban y echaban al fuego los libros de la ley que encontraban; al que descubrían en casa un libro de la Alianza, y a quien vivía de acuerdo con la ley, lo ajusticiaban según el decreto real. Pero hubo muchos israelitas que resistieron, haciendo el firme propósito de no comer alimentos impuros. Prefirieron la muerte antes que contaminarse con aquellos alimentos y profanar la Alianza santa. Y murieron. Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

Salmo (Sal 118, 53. 61. 134. 150. 155. 158)

Dame vida, Señor, para que observe tus preceptos.

Sentí indignación ante los malvados, que abandonan tu ley. R.

Los lazos de los malvados me envuelven, pero no olvido tu ley. R.

Líbrame de la opresión de los hombres, y guardaré tus mandatos. R.

Ya se acercan mis inicuos perseguidores, están lejos de tu ley. R.

La justicia está lejos de los malvados que no buscan tus decretos. R.

Viendo a los renegados, sentía asco, porque no guardan tus palabras.
R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 18, 35-43)

Cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron: «Pasa Jesús el Nazareno». Entonces empezó a gritar: «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!». Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!». Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó: «¿Qué quieres que haga por ti?». Él dijo: «Señor, que recobre la vista». Jesús le dijo: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado». Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

Releemos el evangelio

Beato Columba Marmion (1858-1923)

abad

La humildad (Le Christ Idéal du Moine, DDB, 1936), trad. sc@evangelizo.org

Atraer la misericordia de Dios

Dios ve al hombre caído, rodeado de debilidades, sujeto a la tentación, a la deriva de sus inclinaciones que cambian con el tiempo, las estaciones, la salud, el entorno, la educación. El Señor es afectado por esta miseria como si fuera la propia. Ese movimiento divino que lo inclina hacia nuestra miseria para aliviarla, es la misericordia.

Tan profunda es nuestra miseria que puede ser comparada a un abismo que llama al abismo de la misericordia divina (cf. Sal 42(41),8). Pero la miseria sólo llama cuando es reconocida y, entonces, la humildad profiere ese grito. La humildad es el reconocimiento práctico y continuo de nuestra miseria y ese reconocimiento atrae la mirada de Dios... No tenemos que tratar de encandilar a Dios con nuestra perfección, sino atraer su misericordia con el reconocimiento de nuestra debilidad. Tenemos una cantidad de miserias suficientes para atraer la mirada misericordiosa de nuestro Dios. Somos cómo ese pobre viajante extendido en la ruta a Jericó, despojado de sus vestimentos, cubierto de heridas. (...)

Mostrar a Nuestro Señor las miserias y fealdades que desfiguran todavía nuestra alma, es una excelente oración. “¡Oh mi Señor! Aquí está el alma que ha creado, rescatado. Mire cuanto fue deformada, cuanto está llena de inclinaciones que desagradan a sus ojos. ¡Tenga piedad!” Esta oración va derecho al corazón de Cristo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La Palabra de Dios que hemos escuchado nos invita a reanudar el camino y a atrevernos a dar ese salto cualitativo y adoptar esta sabiduría del desprendimiento personal como la base para la justicia y para la vida de cada uno de nosotros: porque juntos podemos darle batalla a todas esas idolatrías que llevan a poner el centro de nuestra atención en las seguridades engañosas del poder, de la carrera y del dinero y en la búsqueda patológica de glorias humanas. Las exigencias que indica Jesús dejan de ser pesantes cuando comenzamos a gustar la alegría de la vida nueva que él mismo nos propone: la alegría que nace de saber que Él es el primero en salir a buscarnos al cruce de caminos, también cuando estábamos perdidos como aquella oveja o ese hijo pródigo. Que este humilde realismo -es un realismo, un realismo cristiano- nos impulse a asumir grandes desafíos, y os dé las ganas de hacer de vuestro bello país un lugar donde el Evangelio se haga vida, y la vida sea para mayor gloria de Dios.» *(Catequesis de S.S. Francisco, 6 de mayo de 2020).*

Meditación

En un retiro me dijeron que Jericó es el lugar más bajo, o al menos, uno de los lugares más bajo de la tierra. Me hace pensar en un Dios, quien viene como salvador. Él es quién viene a anunciar a los pobres la buena nueva; Él es enviado a proclamar la liberación a los cautivos, dar vista a los ciegos; viene para dar libertad a los oprimidos...

Para esto viene Jesucristo a nuestras vidas. Al igual que a un pequeño y olvidado pueblo como Jericó, viene a nosotros donde nos encontramos, aunque sea en un lugar muy bajo, perdido a causa de nuestro pecado; ese pecado que nos ciega y nos priva de la gracia de Dios. Ahora bien, ¿cuántas veces hemos escuchado que Cristo viene y

cuántas otras veces nos hemos interesado para que Él nos regrese la vista?

El evangelista nos invita a vernos en aquel ciego; quien se sabe ciego significa que sabe muy bien que es pecador por las faltas de los propios pecados. Para poder reconocer nuestra debilidad y evitar nuestra tendencia hacia los bienes aparentes que vienen de la mentira de las tentaciones, es necesario una profunda humildad.

Cristo quiere pasar por nuestra vida; viene por cada uno de nosotros, quienes tenemos un gran deseo de la misericordia de Dios. Y lograremos recibir su misericordia en la medida que nos veamos pecadores.

Jesucristo se detiene, está enfrente de nosotros nos contemplamos cara a cara y de sus labios sale una gran pregunta, «¿qué quieres que haga?»

En el fondo, en la pregunta, nos dice Jesús: ¿qué crees que soy capaz de hacer por ti?

El deseo de contemplar, de maravillarse; en definitiva, el deseo de vivir en la gracia y quedar limpio del pecado. Así el hombre puede encontrarse frente a un creador, Padre misericordioso. Para nosotros esta frase tiene mucho significado considerando el sacramento de la penitencia, el sacramento de la misericordia, en donde Cristo nos pregunta: ¿Qué quieres?, ¿de qué me crees capaz de hacer por ti?

Llega el momento de reflexionar en lo más profundo de nosotros, ver nuestra debilidad por medio de nuestra ceguera de pecado. Lo que sea que encontremos, volvámoslo una ofrenda a Dios diciéndole, «Jesús ten compasión de mí, pues soy ciego idame la vista!»

Cristo quiere bajar y tomarnos, levantarnos con Él, a través del camino de la cruz, hacia la resurrección. Él es quién da sentido a la existencia, al sufrimiento, inclusive, da sentido a la muerte. Es el salvador y yo soy la persona a quien salva hoy diciendo: «tu fe te ha salvado».

Oración final

Feliz quien no sigue consejos de malvados
ni anda mezclado con pecadores
ni en grupos de necios toma asiento,
sino que se recrea en la ley de Yahvé,
susurrando su ley día y noche. (Sal 1,1-2)

MARTES, 21 DE NOVIEMBRE DE 2023
PRESENTACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA (MO)
Quiero ver a Jesús.

Oración introductoria

Tu rostro busco, Señor, tu rostro que he visto en algún momento, aunque no lo recuerde. Te pido que me muestres tu rostro salvador porque eso me basta para tener la paz que necesito en mi vida. Ilumíname para poder convertirme en luz para los demás también.

Petición

Señor, haz que venga hoy tu salvación a mi alma.

Lectura del segundo libro de los Macabeos (2 Mac. 6, 18-31)

En aquellos días, Eleazar era uno de los principales maestros de la Ley, hombre de edad avanzada y semblante muy digno. Le abrían la boca

a la fuerza para que comiera carne de cerdo. Pero él, prefiriendo una muerte honrosa a una vida de infamia, escupió la carne y avanzó voluntariamente al suplicio, como deben hacer los que son constantes en rechazar manjares prohibidos, aun a costa de la vida. Quienes presidían este impío banquete, viejos amigos de Eleazar, movidos por una compasión ilegítima, lo llevaron aparte y le propusieron que hiciera traer carne permitida, preparada por él mismo, y que la comiera haciendo como que comía la carne del sacrificio ordenado por el rey, para que así se librara de la muerte y, dada su antigua amistad, lo tratasen con consideración. Pero él, adoptando una actitud cortés, digna de sus años, de su noble ancianidad, de sus canas honradas e ilustres, de su conducta intachable desde niño y, sobre todo, digna de la ley santa dada por Dios, respondió coherentemente, diciendo enseguida: «¡Enviadme al sepulcro! No es digno de mi edad ese engaño. Van a creer los jóvenes que Eleazar a los noventa años ha apostatado y si miento por un poco de vida que me queda se van a extraviar con mi mal ejemplo. Eso sería manchar e infamar mi vejez. Y, aunque de momento me librase del castigo de los hombres, no me libraría de la mano del Omnipotente, ni vivo ni muerto. Si muero ahora como un valiente, me mostraré digno de mis años y legaré a los jóvenes un noble ejemplo, para que aprendan a arrostrar voluntariamente una muerte noble por amor a nuestra santa y venerable ley». Dicho esto, se fue enseguida al suplicio. Los que lo llevaban, considerando insensatas las palabras que acababa de pronunciar, cambiaron en dureza su actitud benévola de poco antes. Pero él, a punto de morir a causa de los golpes, dijo entre suspiros: «Bien sabe el Señor, dueño de la ciencia santa, que, pudiendo librarme de la muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles dolores de la flagelación, y que en mi alma los sufro con gusto por temor de él». De esta manera terminó su vida, dejando no sólo a los jóvenes, sino a la mayoría de la nación, un ejemplo memorable de heroísmo y de virtud.

Salmo (Sal 3, 2-3. 4-5. 6-7)

El Señor me sostiene.

Señor, cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí; cuántos dicen de mí: «Ya no lo protege Dios». R.

Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria, tú mantienes alta mi cabeza. Si grito invocando al Señor, él me escucha desde su monte santo. R.

Puedo acostarme y dormir y despertar: el Señor me sostiene. No temeré al pueblo innumerable que acampa a mi alrededor. Levántate, Señor; sálvame, Dios mío. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 1-10)

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, y dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Releemos el evangelio

San Atanasio (295-373)

obispo de Alejandría, doctor de la Iglesia

Tratado sobre la Encarnación del Verbo 10 (PG 25. In “Lectures chrétiennes pour notre temps”, Orval, 1972), trad. sc@evangelizo.org

“El Hijo del Hombre vino a buscar
y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10)

El Verbo de Dios no ha abandonado a los hombres, sus criaturas, que corrían hacia su ruina. Con la ofrenda de su cuerpo anuló a la muerte que se había unido a ellos. Con su enseñanza corrigió las negligencias, con su poder restauró al género humano. (...)

Cuando la figura de alguien fue pintada sobre madera, luego borrada por los elementos exteriores, es necesaria la presencia del retratado si queremos restaurar su imagen sobre la misma materia. Esta madera no es descartada debido a la imagen que habíamos pintado y queremos restaurar. Lo mismo, el Hijo muy santo del Padre, siendo imagen del Padre, vino a nuestro mundo para renovar al hombre que fue hecho semejante a él. Vino para encontrarlo, porque se había perdido, y le remitió sus pecados. Cómo expresa la Escritura: “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

Cuando Jesús dice a Nicodemo: “Tienen que renacer...” (Jn 3,7), no hace alusión al nacimiento de una mujer, cómo pensaron, sino al renacimiento y recreación del hombre a su imagen.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Me gustaría subrayar una segunda acción de Jesús. Además de acordarse, de reconocer a Zaqueo, Él anticipa. Lo vemos en el entrecruzarse de miradas con Zaqueo. Él “trataba de ver quién era

Jesús”. Es interesante que Zaqueo no sólo trataba de ver a Jesús, sino de ver quién era Jesús: es decir, de comprender qué tipo de maestro era, cuál era su rasgo distintivo. Y lo descubre no cuando mira a Jesús, sino cuando Jesús lo mira. Porque mientras Zaqueo trata de verlo, Jesús lo ve primero; antes de que Zaqueo hable, Jesús le habla; antes de invitar a Jesús, Jesús viene a su casa. Así es Jesús: el que nos ve primero, el que nos ama primero, el que nos acoge primero. Cuando descubrimos que su amor nos anticipa, que nos llega, antes que nada, la vida cambia. Querido hermano, querida hermana, si como Zaqueo buscas un sentido a la vida, pero no lo encuentras, te echas a perder con “sustitutos del amor”, como la riqueza, la carrera, el placer, alguna dependencia, déjate mirar por Jesús. Sólo con Jesús descubrirás que siempre has sido amado y descubrirás la vida. Te sentirás tocado en tu interior por la ternura invencible de Dios, que conmueve y mueve el corazón. Así fue para Zaqueo y para cada uno de nosotros, cuando descubrimos el “primero” de Jesús: Jesús que nos anticipa, que nos mira primero, que nos habla primero, que nos espera primero.» *(Homilía de S.S. Francisco, 21 de septiembre de 2019).*

Meditación

Cuando admiramos mucho a alguien y tenemos la oportunidad de conocerlo no nos lo perdemos por nada del mundo, aunque sea una persona que no conocemos. Pero hay algo que nos llama la atención de él o de ella. Estando en Roma nos encontramos con mucha gente que viene a ver al Papa y, de hecho, muchas veces este encuentro o el verlo se convierte en el momento más importante de su viaje a Roma. La forma en la que Dios quiere hablar a las personas es muy variada. Puede ser una palabra, una mirada, un gesto... Dios sabe qué es lo que necesitamos y nos sabe hablar a nuestro nivel.

Para algunos Jesús es solo alguien famoso o un personaje importante en la historia, pero no pasa de este conocimiento en

tercera persona; necesitamos pasar a conocerlo uno a uno. Un conocimiento solo de libro no sirve para un cristiano, necesitamos conocer a Cristo en primera persona. Por eso hay que invitar a Cristo a nuestra casa y dejar que nos muestre lo que necesitamos para mejorar en nuestra vida; hay que dejar que nos ilumine los rincones oscuros de nuestra vida, esas cosas que nos da miedo decir o pensar. Cristo nos quiere conocer, pero no nos obliga a dejarlo entrar; quiere que nazca de nosotros mismos el deseo de conocerlo. Aunque al inicio sea solo por curiosidad, hay que dejarlo entrar en nuestra vida. Después del encuentro con Cristo la vida de Zaqueo cambió, seguramente al inicio no pensó que terminaría así. Cristo cambia todo lo que toca, especialmente a las personas.

Cristo pasa de nuevo por nuestra vida y quiere que experimentemos su amor misericordioso, amor transformador que contagia.

Oración final

Te busco de todo corazón,
no me desvíes de tus mandatos.
En el corazón guardo tu promesa,
para no pecar contra ti. (Sal 119,10-11)

MIÉRCOLES, 22 DE NOVIEMBRE DE 2023
SANTA CECILIA, VIRGEN Y MÁRTIR (MO)
¡Jesús, confío en Ti!

Oración introductoria

¡Jesús, confío en Ti! Ayúdame a ponerme en tu presencia, ayúdame a pasar de las cosas visibles a contemplar las cosas invisibles,

para que tu corazón y mi corazón puedan ser uno solo. ¡Jesús confío en Ti!

Petición

Padre mío, ayúdame a corresponderte con generosidad, responsabilidad y eficacia creciente.

Lectura del segundo libro de los Macabeos (2 Mac. 7, 1. 20-31)

En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. En extremo admirable y digno de recuerdo fue la madre, quien, viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un día, lo soportó con entereza, esperando en el Señor. Con noble actitud, uniendo un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno, y les decía en su lengua patria: «Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno; yo no os regalé el aliento ni la vida, ni organicé los elementos de vuestro organismo. Fue el creador del universo, quien modela la raza humana y determina el origen de todo. Él, por su misericordia, os devolverá el aliento y la vida, si ahora os sacrificáis por su ley». Antíoco creyó que la mujer lo despreciaba, y sospechó que lo estaba insultando. Todavía quedaba el más pequeño, y el rey intentaba persuadirlo; más aún, le juraba que si renegaba de sus tradiciones lo haría rico y feliz, lo tendría por Amigo y le daría algún cargo. Pero como el muchacho no le hacía ningún el menor caso, el rey llamó a la madre y le rogaba que aconsejase al chiquillo para su bien. Tanto le insistió, que la madre accedió a persuadir al hijo; se inclinó hacia él y, riéndose del cruel tirano, habló así en su idioma patrio: «¡Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé nueve meses en el seno, te amamanté y crié durante tres años y te he alimentado hasta que te has hecho mozo! Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la tierra, fíjate en todo lo que contienen y ten presente que Dios lo

creó todo de la nada, y el mismo origen tiene el género humano. No temas a ese verdugo; mantente a la altura de tus hermanos y acepta la muerte. Así, por la misericordia de Dios, te recobraré junto con ellos». Estaba todavía hablando, cuando el muchacho dijo: «¿Qué esperáis? No obedezco el mandato del rey; obedezco el mandato de la ley dada a nuestros padres por medio de Moisés. Pero tú, que eres el causante de todas las desgracias de los hebreos, no escaparás de las manos de Dios».

Salmo (Sal 16, 1. 5-6. 8 y 15)

Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. R.

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. R.

Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 11-28)

En aquel tiempo, Jesús dijo una parábola, porque estaba él cerca de Jerusalén y pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse enseguida. Dijo, pues: «Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después. Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles: “Negociad mientras vuelvo”. Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo: “No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros”. Cuando regresó de conseguir el título real,

mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno. El primero se presentó y dijo: “Señor, tu mina ha producido diez”. Él le dijo: “Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades”. El segundo llegó y dijo: “Tu mina, señor, ha rendido cinco”. A ese le dijo también: “Pues toma tú el mando de cinco ciudades”. El otro llegó y dijo: “Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, porque eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado”. Él le dijo: “Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses”. Entonces dijo a los presentes: “Quitadle a éste la mina y dádsela al que tiene diez minas”. Le dijeron: “Señor, si ya tiene diez minas”. “Os digo: al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia”». Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén.

Releemos el evangelio

Santa Gertrudis de Helfta (1256-1301)

monja benedictina

Los Ejercicios, 7, Prima

“Hizo llamar a los servidores”

Oh Verdad amada, oh justa Equidad de Dios ¿cómo compareceré ante tu faz llevando conmigo mi iniquidad..., el peso mi negligencia demasiado grande? El tesoro de la fe cristiana y de la vida espiritual, desgraciadamente no lo he dado a guardar a los banqueros de la caridad donde tú los hubieras podido retirar inmediatamente, según tu placer, aumentado con los intereses de toda la perfección. El

talento que me confiaste, mi tiempo, no tan sólo lo he malgastado en vano, sino que incluso lo he dejado huir, estropeado y perdido totalmente. ¿Adónde iré? ¿Hacia dónde me dirigiré? «Adónde escaparé de tu mirada» (Sl 138,7).

Oh Verdad, tus asesores inseparables son la justicia y la equidad... Desdichada de mí si comparezco ante tu tribunal sin tener un abogado que responda por mí. Oh Caridad, descárgame tú. Responde tú por mí. Solicita tú mi perdón. Pleitea tú mi causa para que, gracias a ti, yo viva.

Ya sé lo que haré: «Alzaré la copa de la salvación» (Sl 115,13). Pondré el cáliz de Jesús sobre la bandeja vacía de la Verdad. Esa actitud suplirá todo lo que me falta. Así cubriré todos mis pecados. Por este cáliz levantaré todas mis ruinas. Por este cáliz supliré, dignamente y más todavía, todo lo que en mí hay de imperfecto...

Oh amada Verdad, venir a ti sin mi Jesús me sería intolerable, pero con mi Jesús, comparecer delante de ti será para mí una cosa muy agradable y amable. Oh Verdad, siéntate ahora en tu tribunal... «Nada temo» (Sl 22,4).

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Señor se presenta como un hombre que, antes de partir, llama a sus siervos para encargarles sus bienes. Dios nos ha confiado sus bienes más grandes: nuestra vida, la de los demás, a cada uno muchos dones distintos. Y estos dones, estos talentos, no representan algo para guardar en una caja fuerte, representa una llamada: el Señor nos llama a hacer fructificar los talentos con audacia y creatividad. Dios nos preguntará si hemos hecho algo, arriesgando, quizá perdiendo el prestigio. Este Mes misionero extraordinario quiere ser una sacudida que nos impulse a ser activos en el bien. No notarios de la fe y

guardianes de la gracia, sino misioneros.» (*Homilía de S.S. Francisco, 1 de octubre de 2019*).

Meditación

Seguramente has visto alguna vez la imagen de la Divina Misericordia. La imagen de Jesús que se apareció a santa Faustina Kowalska. En la parte de abajo de la pintura hay unas sencillas palabras. Para ser exactos son sólo 4 palabras. Sencillas y profundas a la vez: ¡Jesús, confío en Ti!

Estoy seguro de que el Evangelio de hoy te invita a ti y a mí a repetir estas mismas palabras desde el corazón: ¡Jesús, confío en Ti! Y es que podemos decir estas palabras porque antes Él, el mismo Dios, el rey del que nos habla el Evangelio, ha confiado en nosotros. ¡Jesús cree en ti, Jesús espera en ti, Jesús confía en ti! Sin duda alguna, la prueba más grande de esta confianza que ha puesto en ti son los dones que te ha dado. Podemos empezar desde el don de la vida, de la salud; pero también, porque no, por el don de la enfermedad; el don de poder hablar para consolar a otros, el don de... ¡Cuántos dones le podemos agradecer a Dios! ¡Cuántas gracias nos ha regalado a través de María, su madre!

El rey del que nos habla el Evangelio de hoy entrega a sus empleados monedas de mucho valor y después parte hacia un país lejano. A su regreso, pide encontrarse de nuevo con sus empleados. Y estos le entregan aquello que habían producido con los «dones» recibidos. Así como lo narra el Evangelio, será el momento en el que nos encontremos con Dios cara a cara. El velo que nos impide verlo ahora se levantará y nos presentaremos a Dios, no sólo con los dones que nos ha dado, sino también con todas aquellas buenas obras que estaban llenas de amor. ¡Ésta es nuestra misión! Estas buenas obras, estos tesoros que acumulamos en el cielo, estos pequeños actos escondidos de amor son el verdadero fruto de los dones y son ahora

nuestra misión. Todas aquellas cualidades y habilidades que el Señor nos ha dado, como por ejemplo, cocinar con amor, trabajar poniendo amor y estudiar por amor toman un valor eterno. El amor transforma todo lo que hacemos en la vida ordinaria en incienso agradable a Dios.

En este momento de oración, te invito a gritar desde tu corazón: ¡Jesús, confío en Ti! Para agradecer los dones que te ha dado y también para que Él llene todo lo que haces con su amor.

Oración final

Alabad a Dios en su santuario,
alabadlo en su poderoso firmamento,
alabadlo por sus grandes hazañas,
alabadlo por su inmensa grandeza. (Sal 150,1-2)

JUEVES, 23 DE NOVIEMBRE DE 2023
Me acompaña siempre.

Oración introductoria

Jesús, concédeme experimentar y agradecer tu paciente misericordia para conmigo.

Petición

Señor, haz que venga hoy tu salvación a mi alma.

Lectura del primer libro de los Macabeos (1 Mac. 2, 15-29)

En aquellos días, los funcionarios reales, encargados de imponer la apostasía, llegaron a Modín, para que la gente ofreciese sacrificios, y muchos israelitas acudieron a ellos. Matatías y sus hijos se reunieron

aparte. Los funcionarios del rey tomaron la palabra y dijeron a Matatías: «Tú eres un personaje ilustre, un hombre importante en esta ciudad, y estás respaldado por tus hijos y parientes. Adelántate el primero, haz lo que manda el rey, como lo han hecho todas las naciones, y los mismos judíos, y los que han quedado en Jerusalén. Tú y tus hijos recibiréis el título de Amigos del rey; os premiarán con oro y plata y muchos regalos». Pero Matatías respondió en voz alta: «Aunque todos los súbditos del rey le obedezcan apostatando de la religión de sus padres, y aunque prefieran cumplir sus órdenes, yo, mis hijos y mis parientes viviremos según la Alianza de nuestros padres. ¡Dios me libre de abandonar la ley y nuestras costumbres! No obedeceremos las órdenes del rey, desviándonos de nuestra religión ni a derecha ni a izquierda». Nada más decirlo, un judío se adelantó a la vista de todos, dispuesto a sacrificar sobre el ara de Modín, como lo mandaba el rey. Al verlo, Matatías se indignó, tembló de cólera y, en un arrebató de ira santa, corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara. Y, acto seguido, mató al funcionario real que obligaba a sacrificar y derribó el ara. Lleno de celo por la ley, hizo lo que Pinjás a Zimrí, hijo de Salu. Luego empezó a decir a voz en grito por la ciudad: «Todo el que sienta celo por la ley y quiera mantener la Alianza, que me siga!». Y se echó al monte, con sus hijos, dejando en la ciudad todo cuanto tenía. Por entonces, muchos decidieron bajar al desierto para instalarse allí, porque deseaban vivir santamente de acuerdo con el derecho y la justicia.

Salmo (Sal 49, 1-2. 5-6. 14-15)

Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

El Dios de los dioses, el Señor, habla: convoca la tierra de oriente a occidente. Desde Sión, la hermosa, Dios resplandece. R.

«Congregadme a mis fieles, que sellaron mi pacto con un sacrificio». Proclame el cielo su justicia; Dios en persona va a juzgar. R.

«Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza, cumple tus votos al Altísimo e invócame el día del peligro: yo te libraré, y tú me darás gloria». R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 41-44)

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: «¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco, de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita».

Releemos el evangelio

San Juan María Vianney (1786-1859)

presbítero, párroco de Ars

Sermón para el 9º domingo después de Pentecostés (Sermons de Saint Jean Baptiste Marie Vianney, Curé d'Ars, II, Ste Jeanne d'Arc, 1982), trad. sc@evangelizo.org

“Jesús lloró por la ciudad” (Lc 19,41)

Nuestra alma está destinada a pasar su eternidad en el seno de Dios. Mis hermanos, digamos todo en unas palabras: nuestra alma es tan grande, tan preciosa, que sólo Dios la supera. (...) Según esto, mis hermanos, piensen si tenemos que asombrarnos cuando Dios llora amargamente la pérdida de un alma. Además, los dejo reflexionar sobre el cuidado que tenemos que tener para conservar todas las bellezas del alma. (...)

Tres cosas son capaces de hacernos llorar. Sólo una es capaz de meritar nuestras lágrimas: cuando lloramos nuestros pecados o los de nuestros hermanos. (...) Es decir, llorar la muerte espiritual del alma, el alejamiento de Dios, el perder el cielo. “¡Oh preciosas lágrimas, raras y escasas son!” ¿Por qué esto, mis hermanos? ¿No es porque

ustedes no se dan cuenta de la enormidad de su desdicha, en el tiempo y la eternidad? (...)

¡Lástima! Mis hermanos, es el temor de esta pérdida que ha despoblado el mundo, para llenar de cristianos los desiertos y los monasterios. Ellos comprendían mejor que nosotros que si perdemos nuestra alma, todo está perdido. Ella debe tener un alto precio, para que al mismo Dios le importe tanto. Si, mis hermanos, los santos han sufrido mucho para poder guardar su alma para el cielo!

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y Jesús sintió dolor por la enfermedad y la muerte de su amigo. Llegó a la tumba y, se conmovió profundamente y muy turbado, preguntó: “¿Dónde lo habéis puesto?”. Y Jesús estalló en lágrimas. Jesús, Dios, pero hombre, lloró. En otra ocasión en el Evangelio se dice que Jesús lloró: cuando lloró por Jerusalén. ¡Y con cuanta ternura llora Jesús! Lloro desde el corazón, llora con amor, llora con los suyos que lloran. El llanto de Jesús. Tal vez, lloró otras veces en la vida -no lo sabemos- ciertamente en el Huerto de los Olivos. Pero Jesús llora por amor, siempre. Se conmueve profundamente.» (Homilía de S.S. Francisco, 29 de marzo de 2020, en santa Marta).

Meditación

Una característica de la misericordia divina es la paciencia. Jesús conoce mis debilidades, mi miseria, mis dificultades. También conoce lo que necesito cambiar, en dónde tengo que cambiar. Él conoce mi esfuerzo y mi deseo de cambiar.

Él sabe de mis luchas y lo mucho que me cuesta cambiar mis defectos; de dejar ese pecado que lleva tiempo sobre mí. Él sabe que confío en su gracia. Él sabe mi gran deseo es la santidad. Pero por

otro lado están mis caídas, las incontables veces que he tenido que ir a confesión, las veces en que no he sido fiel a mi amor hacia Dios.

Cristo no desespera. Es paciente conmigo. Me da el tiempo necesario para cambiar. Sobre todo, me acompaña en la lucha, no me deja solo. Por mucho que lo defraude al no salir de un pecado o de un vicio, Él siempre está conmigo y yo nunca estoy solo.

Él me espera, es paciente. Camina conmigo y me acompaña. Me recuerda qué es lo que tengo que cambiar, pero siempre paciente, jamás perdiendo la esperanza en mí y, sobre todo, su amor por mí.

Oración final

¡Cantad a Yahvé un cántico nuevo:
su alabanza en la asamblea de sus fieles!
¡Regójese Israel en su Hacedor,
alégrense en su rey los de Sión. (Sal 149,1-2)

VIERNES, 24 DE NOVIEMBRE DE 2023
SANTOS ANDRÉS DUNG-LAC, PRESBITEROS
Y COMPAÑEROS MÁRTIRES (MO)
Rezar por y con los demás.

Oración introductoria

Señor, Tú que estás presente de manera especial en cada iglesia, te pido me concedas renovar mi fe para saber que eres alguien real y no sólo una idea o alguien lejano; te pido que me ayudes a dejarte entrar en mi vida como Tú me dejas entrar en tu casa de oración. Te pido por todas las personas de mi alrededor, especialmente por las que no me llevo tan bien.

Petición

Espíritu Santo, ilumina mi entendimiento para conocer la voluntad divina sobre mí.

Lectura del primer libro de los Macabeos (1 Mac.4,36-37.52-59)

En aquellos días, Judas y sus hermanos propusieron: «Nuestros enemigos están vencidos; subamos, pues, a purificar el santuario y a restaurarlo». Se reunió todo el ejército y subieron al monte Sion. El año ciento cuarenta y ocho, el día veinticinco del mes noveno (es decir, casleu), todos madrugaron para ofrecer un sacrificio, según la ley, en el nuevo altar de los holocaustos que habían reconstruido. Precisamente en el aniversario del día en que lo habían profanado los gentiles, lo volvieron a consagrar, cantando himnos y tocando cítaras, laúdes y timbales. Todo el pueblo se postró en tierra adorando y alabando al Cielo, que les había dado el triunfo. Durante ocho días celebraron la consagración, ofreciendo con alegría holocaustos y sacrificios de comunión y de alabanza. Decoraron la fachada del santuario con coronas de oro y escudos. Restauraron también el portal y las dependencias, poniéndoles puertas. El pueblo celebró una gran fiesta, que invalidó la profanación de los gentiles. Judas, con sus hermanos y toda la asamblea de Israel, determinó que se conmemorara anualmente la nueva consagración del altar con solemnes festejos, durante ocho días a partir del veinticinco del mes de casleu.

Salmo (Crón 29, 10bc. 11abc.11d-12a. 12bcd)

Alabamos tu nombre glorioso, Señor.

Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel, por los siglos de los siglos. R.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor, la majestad, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. R.

Tú eres rey y soberano de todo. De ti viene la riqueza y la gloria. R.

Tú eres Señor del universo, en tu mano está el poder y la fuerza, tú engrandesces y confortas a todos. R

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 19, 45-48)

En aquel tiempo, Jesús entró en el templo y se puso a echar a los vendedores, diciéndoles: «Escrito está: “Mi casa será casa de oración”; pero vosotros la habéis hecho una “cueva de bandidos”». Todos los días enseñaba en el templo. Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo buscaban acabar con él, pero no sabían que hacer, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándolo.

Releemos el evangelio

Santa Catalina de Siena (1347-1380)

terciaria dominica, doctora de la Iglesia, copatrona de Europa

Carta 133, a fray R. de Capua (Lettres I, Téqui, 1976), trad. sc@evangelizo.org

El misterio de la persecución santifica a la Iglesia

Dios me ha revelado particularmente sus secretos y me ha dado a conocer cosas admirables. (...) Dios me explicó especialmente el misterio de la persecución que sufre ahora la santa Iglesia, su renovación, su exaltación en los tiempos a venir.

Para hacerme comprender que las circunstancias en las que se encuentra actualmente la Iglesia son permitidas para darle su esplendor, la Verdad suprema me citó dos palabras del santo Evangelio. Primero dijo “Es inevitable que el escándalo llegue al mundo”. Luego agregó “Pero desdichado el que causa el escándalo”

(cf. Mt 18,7). Como si dijera que permite este tiempo de persecución para arrancar las espinas que rodean a su Esposa, pero no permite los pensamientos censurables de los hombres.

“¿Sabes lo que hago? Como cuando estaba en el mundo hice una fusta con cuerdas y expulsé a los vendedores del Templo, no queriendo que la morada de mi Padre deviniera una cueva de ladrones. Te digo que es ahora lo mismo. Hago una fusta con criaturas y con esa fusta expulso a los mercaderes impuros, avaros e hinchados de orgullo, que venden y compran los dones del Santo Espíritu”. En efecto, con la fusta de la persecución hecha con criaturas, nuestro Señor los expulsa y los arranca por la fuerza a la tribulación de su vida vergonzosa y desreglada. (...)

Del mal que hacen los malos cristianos persiguiendo a la Esposa de Cristo, va a nacer así el honor, la luz, el perfume de virtudes para esta Esposa. Eso era tan delicioso, que me parecía que no había comparación entre la ofensa y la bondad infinita que Dios testimoniaba a su Esposa. Me regocijé, temblaba de alegría y veía tan claramente ese tiempo a venir, que me parecía ya poseerlo y gustarlo. (...) Eran misterios tan grandes, que la lengua es incapaz de decirlos, el corazón incapaz de comprenderlos, y el ojo de verlos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Él hizo este gesto ayudándose con un látigo, volcó las mesas y dijo: “No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado”. Esta acción decidida, realizada en proximidad de la Pascua, suscitó gran impresión en la multitud y la hostilidad de las autoridades religiosas y de los que se sintieron amenazados en sus intereses económicos. Pero ¿cómo debemos interpretarla? Ciertamente no era una acción violenta, tanto es verdad que no provocó la intervención de los tutores del orden público: de la policía. ¡No! Sino que fue entendida como una acción típica de los profetas, los cuales a menudo

denunciaban, en nombre de Dios, abusos y excesos. La cuestión que se planteaba era la de la autoridad. De hecho, los judíos preguntaron a Jesús: “¿Qué señal nos muestras para obrar así?”, es decir ¿qué autoridad tienes para hacer estas cosas? Como pidiendo la demostración de que Él actuaba en nombre de Dios.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 4 de marzo de 2018*).

Meditación

El templo para Jesús es casa de oración, para esto es que se construye y así lleva un símbolo especial. Un templo es el lugar donde se reúne la gente para adorar a Dios por lo que tiene dos fines, rendir culto a Dios y ser un medio de comunión entre los hombres. Una de las cosas que más escucho en mi vida es la oración y cómo es importante. Casi siempre que termino de hablar con alguien por un buen rato les digo “voy a rezar por ti” porque creo que es lo mejor que puedo hacer por ellos, sobre todo si están lejos. Con las personas que conozco más no me cuesta imaginar y, a veces, ver las situaciones que están pasando, lo que me da algo concreto por lo que puedo rezar.

En pocos momentos me viene a la mente la posibilidad que hay de rezar junto a esa persona que necesita un apoyo durante ese tiempo. El hecho de formar ese pequeño grupo o comunidad hace que la oración sea algo muy potente. Además de la promesa de Cristo de que donde se reúnan dos o tres en mi nombre ahí estará Él, puedo decir que nos convertimos en imagen de Cristo mismo con su cuerpo que, con diferentes “partes” unidas, pueden hacer más. No me puedo imaginar lo que haría una mano sola sin estar unida al cuerpo o un cerebro solo, lo importante es que crea que necesitamos de los demás.

La oración se puede convertir en una increíble forma de sanación si tan solo dejamos que Dios nos guíe y nos unamos a esa persona que

está sufriendo, sea con la mente, el corazón o rezando con ella en persona. Será una forma para beneficio mutuo.

Oración final

Considero un bien la ley de tu boca,
más que miles de monedas de oro y de plata.
¡Qué dulce me sabe tu promesa,
más que la miel a mi boca! (Sal 119,72.103)

SÁBADO, 25 DE NOVIEMBRE DE 2023
El peligro de la comodidad.

Oración introductoria

Dame, Señor, la gracia de abrir mi corazón para encontrarme contigo, para que este momento de oración pueda escuchar tu voz que me recuerde quién soy y para qué me has creado.

Petición

Espíritu Santo, fortaléceme con tu gracia, pues para creer con fe viva necesito de todo tu auxilio y ayuda.

Lectura del primer libro de los Macabeos (1 Mac. 6, 1-13)

En aquellos días, el rey Antíoco recorría las provincias del norte cuando se enteró de que había en Persia una ciudad llamada Elimaida, famosa por su riqueza en plata y oro, con un templo lleno de tesoros: escudos dorados, lorigas y armas depositadas allí por Alejandro, el de Filipo, rey de Macedonia, primer rey de los griegos. Antioco fue allá e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla; pero no pudo, porque los de la ciudad, dándose cuenta de lo que pretendía, salieron a atacarle. Antioco tuvo que huir y emprendió apesadumbrado el viaje

de vuelta a Babilonia. Cuando él se encontraba todavía en Persia, llegó un mensajero con la noticia de que la expedición militar contra Judea había fracasado y que Lisias, que en un primer momento se había presentado como caudillo de un poderoso ejército, había huido ante los judíos; estos, sintiéndose fuertes con las armas, pertrechos y el enorme botín de los campamentos saqueados, habían derribado la abominación de la desolación construida sobre el altar de Jerusalén, habían levantado en torno al santuario una muralla alta como la de antes, y habían hecho lo mismo en Bet Sur, ciudad que pertenecía al rey. Al oír este informe, el rey se asustó y se impresionó de tal forma que cayó en cama y enfermó de tristeza, porque no le habían salido las cosas como quería. Allí pasó muchos días, cada vez más triste. Pensó que se moría, llamó a todos sus Amigos y les dijo: «El sueño ha huido de mis ojos y estoy abrumado por las preocupaciones y me digo: “¡A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, que era feliz y querido cuando era poderoso! Pero ahora me viene a la memoria el daño que hice en Jerusalén, robando todo el ajuar de plata y oro que había allí, y enviando gente que exterminase sin motivo a los habitantes de Judea. Reconozco que por eso me han venido estas desgracias. Ya veis, muero de tristeza en tierra extranjera”».

Salmo (Sal 9, 2-3. 4 y 6. 16 y 19)

Gozaré con tu salvación, Señor.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas; me alegro y exulto contigo, y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo. R.

Porque mis enemigos retrocedieron, cayeron y perecieron ante tu rostro. Reprendiste a los pueblos, destruiste al impío y borraste para siempre su apellido. R.

Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron, su pie quedó prendido en la red que escondieron. Él no olvida jamás al pobre, ni la esperanza del humilde perecerá. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 20, 27-40)

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano”. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer». Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos». Intervinieron unos escribas: «Bien dicho, Maestro». Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Releemos el evangelio

Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179)

abadesa benedictina y doctora de la Iglesia

Scivias, El Libro de las Obras Divinas, 6 (en “Hildegarde de Bingen, Prophète et docteur pour le troisième millénaire”, Béatitudes, 2012), trad. sc@evangelizo.org

Cuando el alma se transfigurará en eternidad...

El hombre que sigue la vía de la locura y desprecia la sabiduría creadora, se condena por sí mismo: no tiene ningún límite para el mal e ignora la vida futura. Ni siquiera quiere saber si existe otra vida y rechaza escrutar las causas de su naturaleza cambiante. Este hombre puede comprender su infancia, su adolescencia, juventud y madurez, pero es incapaz de comprender lo que le sucede en su ancianidad y el sentido de la transformación de su ser. La razón le muestra que hay un comienzo, pero es incapaz de saber, de comprender cómo es posible que el alma sea inmortal y no tenga fin... (...)

Mientras está en su cuerpo, los pensamientos del hombre se multiplican, como se multiplican los innumerables ecos de la alabanza angelical. El pensamiento anima la juventud, luego la formulamos con la voz de la razón y actuamos siguiéndola. Pero la vida de su acción no viene de ella misma, tiene un comienzo. Sólo la eternidad toma la vida de ella misma y nunca se debilita: antes que existiera el tiempo, ella ya era vida eterna. Cuando el alma se transfigurará en eternidad, cambiará de nombre, ya que no actuará más en el hombre como el pensamiento, sino que tendrá por morada las alabanzas de ángeles, que son espíritu. Entonces se llamará espíritu. No tendrá más penas con su cuerpo, con su carne. Portará el nombre de vida, ya que es vida en este mundo, al vivir por el soplo del espíritu. Se transfigurará en inmortalidad por la muerte carnal y será plenamente en la vida. Después del juicio final, será eternamente vida, con su cuerpo y su alma.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y estas ideas les llevaron a hablar entre ellos: “Mira, a mí esto no me gusta... eso otro...”, y así entre ellos tenían este tema de conversación, de preocupación también. Luego algunos fueron a él para ponerlo a la prueba, y siempre el Señor tenía una respuesta clara que, a ellos, los doctores de la ley, no se les había ocurrido. Pensemos en esa mujer casada siete veces, viuda siete veces: “Pero en el cielo,

¿de cuál de estos maridos será esposa?”. Él respondió claramente y ellos se fueron un poco avergonzados por la sabiduría de Jesús y otras veces se marcharon humillados, como cuando quisieron apedrear a esa señora adúltera y Jesús dijo al final: “Los que estén sin pecado tiren la primera piedra” y dice el Evangelio que se marcharon, empezando por los ancianos, humillados en ese momento.» *(Homilía de S.S. Francisco, 4 de abril de 2020).*

Meditación

Hoy en día llevamos una vida muy cómoda; por aquí y por allá corre la idea de hacer lo menos posible para obtener el mejor resultado, así con un click tenemos la comida lista, con un quiero esta, tenemos la cama más confortable, y hasta le podemos hablar a un aparato para que piense o haga cálculos por nosotros.

Cuando Jesús vino a la tierra nos invitó a seguirle en un camino no del todo placentero. Pero ¿por qué? ¿No es mejor vivir lo mejor cómodamente posible? Jesús con su vida nos enseñó el peligro de la comodidad, que es el de acostumbrarnos a vivir en esta tierra y olvidarnos de que estamos creados para el Cielo. Hoy, en el Evangelio, Jesús nos lo recuerda. Dios es un Dios de vivos y nos llama a vivir hoy el presente, pero con los ojos en el futuro, en la casa eterna del Padre. No olvidemos que las incomodidades y contratiempos también tienen su razón de ser, y seamos conscientes de que cada día es una oportunidad para ser felices y uno menos para vivir en plenitud con Dios.

Oración final

Creo que gozaré de la bondad
de Yahvé en el país de la vida.
Espera en Yahvé, sé fuerte,
ten ánimo, espera en Yahvé. (Sal 27,13-14)